

nioso. No son esas ya aquellas fisonomías feroces que asustan en las calles de Nauplia; son los caudillos de un pueblo heróico, que todavía tienen en la mano su fusil ó el sable con que acaban de pelear por su independencia, y que deliberan juntos sobre los medios de asegurar el triunfo de su libertad; el parlamento es un consejo de guerra.

No puede imaginarse nada mas sencillo y al mismo tiempo mas imponente que el espectáculo de esa nacion armada, deliberando de esa suerte sobre las ruinas de su patria bajo un techo de tablas alzado en campo raso, mientras los soldados aciealan sus armas á la puerta de ese senado, y relinchan los caballos impacientes por volver á sus montañas. Hay cabezas admirables por su hermosura y su espresion de inteligencia y de heroismo entre esos gefes: tales son las de los montañeses. Los griegos traficantes de las islas se reconocen fácilmente por sus facciones mas afeminadas y por la astuta espresion de sus fisonomías. El comercio y la ociosidad de sus ciudades han hecho desaparecer la nobleza y la energía de sus semblantes, para grabar en ellos el sello de la habilidad vulgar y de la astucia que los caracterizan.

13 de Agosto, 1832.

Hermosa funcion dada á su bordo por el almirante Hotham, que manda el apostadero inglés en la rada de Nauplia. Nos hace visitar su navío de tres puentes, *el San Vicente*, y hace ejecutar para nosotros el simulacro de un combate naval. Un navío montado por mil seiscientos hombres, y visto así en el momento del combate, es la obra maestra de la inteligencia humana.

El almirante es un sugeto escelente, cuya fisonomía y modales reúnen aquella rara mezcla de la nobleza del antiguo guerrero y de la bondadosa dulzura del filósofo, carácter comun de las hermosas fisonomías de los hombres de la aristocracia inglesa. Nos propone uno de sus buques de guerra para acompañarnos hasta Esmirna: no lo admito, y reclamo la misma bondad del almirante Hugon, que manda la escuadra francesa. Este tiene la bondad de darnos el bergantin *el Genio*, mandado por el capitán Cuneo de Ornano, pero no nos escoltará mas que hasta Ródas.

Cómo en casa de M. Rouen, ministro de Francia en Grecia, empleo que yo debí ocupar en tiempo de la Restauracion. Me felicita de no haberle obtenido. M. Rouen, que ha pasado en Nauplia todos

los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está; pero se consuela de la severidad de su destierro, acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales, la alta proteccion de la Francia en un pais que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de Agosto, 1832.

No escribo nada; mi alma està marchita y triste como el horrible pais que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de Agosto, silba sobre dilatados jarales,—y nada mas. Este suelo de Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro, despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas están dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Dónde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Dónde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvernia en los últimos dias de otoño. La violencia del viento del Norte que penetra con estreptosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de Agosto, en el mar, fondeados delante de los jardines de Hydra.

En fin, partimos anoche con una buena brisa de Sudeste, dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hiere armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y la isla de Hydra y Sepezzia.

Hácia medio dia, nos echa el viento á la costa del continente enfrente de Hydra. Terribles vendabales que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan las velas, y estamos á pique de que se nos rompan los mástiles; por espacio de tres horas luchamos sin tregua contra furiosos huracanes; los marineros están rendidos de cansancio; el capitán parece inquieto por la suerte del buque; en fin, consigue llegar al abrigo de una costa elevada y á un fondeadero conocido de los marinos, enfrente de una graciosa colina llamada los jardines de Hydra, donde echamos el ancla á una milla de la playa y no lejos del bergantin de guerra *el Genio*, que ha seguido el mismo rumbo.

Dia de descanso en un mar siempre agitado, y bajo los vendabales que silban en nuestros mástiles:

—bajamos á la costa, que es el mas hermoso punto que hemos visitado hasta ahora en Grecia. Altas montañas dominan el pais; todavía ofrecen algunas capas de tierra, algunos prados de un verde pálido en sus cóncavas laderas;—bajan blandamente y esconden su pié en algunos bosques de olivos; mas lejos se estienden en suave declive hasta el canal de Hydra que corre à su pié, como un ancho rio mas bien que como un mar. Allí descansa la vista sobre una ó dos quintas rodeadas de jardines ó huertos; se ven tierras cultivadas, grupos de castaños y encinas verdes, rebaños, algunos aldeanos griegos que labran la tierra; soltamos nuestros perros y cazamos todo el dia en la montaña, no sin fruto.

La ciudad de Hydra, que cubre toda la pequeña isla de este nombre, brilla al otro lado del canal, blanca, resplandeciente, tersa como un peñasco tajado de ayer. Esta isla no ofrece una pulgada de tierra à la vista; todo es piedra; la ciudad lo cubre todo; las casas se alzan perpendicularmente unas sobre otras, refugio de la libertad del comercio, de la opulencia de los griegos durante el dominio de los turcos. Se puede medir la civilizacion creciente ó decreciente de una nacion por los aspectos de sus ciudades y de sus aldeas; cuando la seguridad y la independenciam aumentan, las ciudades bajan de las montañas á las llanuras; cuando renacen la anarquía y la tiranía, vuelven à subir à los montes ó se

refugian sobre los riscos del mar. En la edad media, en Italia, en el Rhin, en Francia, las ciudades eran nidos de águila en las puntas de inaccesibles rocas.

La misma fecha.

La noche està serena. Pasamos una tarde deliciosa sobre cubierta. Mañana saldremos si no sopla el cierzo con la misma violencia que hoy.

19 de Agosto 1832, en alta mar.

Hemos levantado el ancla à las tres de la madrugada. Un viento regular nos ha dejado acercarnos à la punta del continente que se avanza en el mar de Aténas; pero allí nos ha acometido una nueva tempestad, mas violenta todavía que la de la víspera, y hemos estado separados un momento de los dos buques que navegaban de conserva con nosotros. El mar se puso terrible; rodabamos de un abismo à otro; las vergas entraban en el agua y la espuma bañaba el puente. El capitán se obstina en doblar el cabo, y lo consigue al fin de muchas horas de impotentes faenas; ya estamos en alta mar, pero el viento es tan recio, que el bergantín deriva considerablemente; tenemos que endere-

zar la proa hácia las montañas que se dibujan al otro lado del mar de Aténas. Andamos diez millas en una nube de polvo húmedo y bajo los copos de espuma que saltan de la proa y de los dos costados del buque. De cuando en cuando el horizonte se despeja y nos deja vislumbrar el cabo Colona, que ya blanquea delante de nosotros. Esperamos llegar á la noche á fondear al pié de aquellas columnas, y á saludar la memoria del digno Platon, que iba á meditar dos mil años ántes que nosotros sobre ese mismo promontorio de *Sunio*. Mis miradas no se apartan de las montañas de Aténas, de donde nos rechaza la tempestad; en fin, al declinar el sol, el viento cede, y damos una abordada sobre la isla de Egina: caemos casi en calma al abrigo de la isla y de la costa del continente, y entramos al anochecer en otro golfo formado por la isla y por las hermosas márgenes de Corinto. La mar está como un espejo, y nos parece que navegamos sobre un rio sin olas, cuya insensible corriente nos lleva al fondeadero. Echamos el ancla en el momento en que la noche cae en un inmenso y encantado lago, que rodean sombrías montañas, y donde la luna que se alza del horizonte hiere con su blanca luz el Acrópolis de Corinto y las columnas del templo de Egina. Estamos á algunos centenares de pasos de la isla, enfrente de unos jardines sombreados por hermosos plátanos: algunas casas blancas bri-

llan en medio de la verdura.—Descanso y cena tranquilos sobre cubierta despues de un dia de afanes y de peligros;—vida de los viajeros y del hombre sobre la tierra.

A nuestra derecha, la isla de Egina, suavizando sus negras y rápidas vertientes, estiende sobre un golfo una lengua de tierra sembrada de algunos cipreses, de vides y de higueras: la ciudad la termina; su situacion es ménos singular que la de las pocas ciudades griegas que hemos visto hasta ahora: el gimnasio elevado por Capo de Istria blanquea en medio:—su museo,—no voy á verle.... estoy harto de museos,—cementerio de las artes;—los fragmentos desprendidos de su puesto, de su destino y del conjunto, son cuerpos muertos; polvo de mármol que ya no tiene vida.—Bajo solo á tierra y paso dos horas deliciosas en un jardin de cipreses y naranjos perteneciente á Georgio-Bey, de Hydra. A las diez vuelvo al buque; al bajar la escalera, hallo la mitad del puente literalmente cubierta de sandias y de melones, de inmensos canastos llenos de uvas de todas formas y de todos colores, de las cuales hay racimos que pesan de tres á cuatro libras, de higos del Atica, y de todas las flores que pueden dar la estacion y el clima. Me dicen que es un regalo del gobernador de Egina, Nicolas Scuffo, que habiendo sabido la vispera por mi piloto griego, mi paso por el golfo, ha ido

á visitarme en una barca llena de frutas y flores; ha reconocido en mi nombre el de un amigo de la Grecia, y me ha traído la primera prenda de aquella prosperidad que tantos corazones generosos han deseado para ella! Ha anunciado que volvería al anoecer. Pido un bote al capitán Cuneo de Ornano y voy á Egina á dar las gracias al gobernador; le encuentro en el mar y volvemos juntos á bordo. Es persona muy apreciable, de excelente conversacion; hablamos de la Grecia, de su estado futuro y de su crisis presente; veo con dolor que el sentimiento religioso está apagado en Grecia: el clero ignorante es despreciado; el espíritu mercantil no tiene bastante virtud para resucitar á un pueblo. . . . Tiemblo por este; á la primera crisis europea se descompondrá de nuevo. Sucede aquí lo mismo que en Italia; hay los hombres mas inteligentes y mas valerosos; hombres, individualidades brillantes, pero sin un lazo comun:—¡hay griegos y no hay nacion!

Salimos de Egina el 18 al medio día y vemos al sol apagarse en el valle dorado que se abre bajo el istmo de Corinto, entre el Acro-Corinto y las montañas del Atica; inflama toda esta parte del cielo, y aquí es donde por primera vez hallamos aquel esplendor del firmamento que comunica su encanto y su gloria al Oriente. Salamina, tumba de la armada de Xerjes, está á pocos pasos delante de nosotros; costa gris, tierra negruzca, sin mas

atractivo que su nombre:—su batalla naval y la memoria de Temístocles, hacen al marino saludarla con respeto. Las montañas del Atica alzan sus negras cimas encima de Salamina; y á la derecha, sobre una de las menguantes cumbres de Egina, el templo de Júpiter Panhelio, dorado por los últimos rayos del día, se alza sobre aquella escena, una de las mas hermosas de la naturaleza histórica, y derrama su religioso recuerdo sobre aquella memoria de los sitios y de los tiempos; el pensamiento religioso de la humanidad se mezcla á todo y lo consagra todo; pero la religion de los griegos, religion del entendimiento y de la imaginacion, y no del corazon, no produce en mí la menor impresion; se sabe que aquellos dioses del pueblo no eran mas que el capricho de la poesía y del arte, dioses fingidos y soñados;—nada grave hay en ella, nada real, nada sacado de las profundidades de la naturaleza y del alma humana, ántes de Sócrates y Platon! ¡Allí empieza la religion de la razon! Luego viene el cristianismo que recibió de su Divino fundador el secreto y la clave del destino humano! . . . Los siglos de barbarie que tuvo que cruzar para llegar á nosotros, le han alterado y desfigurado muchas veces; pero si hubiera caído sobre Platones y Pitágoras ¿adónde no habriamos llegado?—Pero llegarémos, gracias á él, por él, con él.

Renace la calma, y nadamos seis horas sin mo-

vimiento por las transparentes aguas y en los colorados vapores del mar de Aténas. El Acrópolis y el Partenon, semejantes á un altar, se alzan á tres leguas delante de nosotros, desprendidos del monte Penférico, del monte Himeto y del monte Anquesmo:—en efecto, Aténas es un altar á los dioses, el mas hermoso pedestal en que han podido los siglos pasados colocar la estatua de la humanidad! En el dia su aspecto es sombrío, triste, negro, árido, desolado; un peso sobre el corazon: nada vivo, verde, gracioso, animado; naturaleza agotada que Dios solo podria vivificar: la libertad no bastará á conseguirlo:—para el poeta y para el pintor, está escrito sobre esas montañas estériles, sobre esos cabos coronados de templos derruidos, sobre esos arenales pantanosos ó pedregosos, á quienes ya no quedan mas que nombres sonoros, está escrito: “Se acabó.”—Suelo apocalíptico que parece herido por alguna maldición divina, por alguna gran palabra de un profeta; Jerusalen de las naciones, donde ni aun queda un sepulcro! Tal es la impresion que producen Aténas y todas las orillas del Atica, de las islas y del Peloponeso.

Llegamos al Pireo á las ocho de la mañana el 19 de Agosto, y echamos el ancla. Tomamos en la playa caballos y un borrico, al que hago poner una silla de muger para Julia, y echamos á andar. Por espacio de media legua, el terreno,

aunque de buena calidad, está enteramente inculto y pelado; los turcos, durante la guerra, destruyeron todo el bosque de olivos que se estendia hasta el mar, y del que solo subsisten algunos troncos negros; luego entramos en el bosque de olivos y de higueras que rodea el grupo de las colinas de Aténas, como una verde faja.—Seguimos los cimientos, evidentes todavía, de la larga muralla, construida por Temístocles, que unia la ciudad al Pireo.—Algunas fuentes turcas, en forma de pozos, rodeados de pilones rústicos, de piedra sin labrar, se ven de trecho en trecho.—Varios labradores griegos y algunos soldados turcos están tendidos junto á las fuentes y se dan recíprocamente á beber.—En fin, pasamos bajo las altas murallas y las negras rocas que sirven de pedestal al Partenon, el cual no nos parece que se agranda, sino que se achica á medida que nos acercamos á él.—El efecto de ese edificio, el mas bello que la mano del hombre ha erigido sobre la tierra, en opinion de todos los siglos, no corresponde en nada á lo que de él se espera, visto así; y las pomposas palabras de los viajeros, pintores ó poetas, se le caen á uno tristemente sobre el corazon cuando ve esa realidad tan diferente de sus imágenes.

No parece que le han dorado los rayos petrificados del sol de Grecia; no se lanza en los aires como una isla aérea que sostiene un monumento di-

vino; no brilla de léjos sobre el mar y sobre las tierras como un faro que dice: ¡Aquí está Aténas! ¡Aquí el hombre ha echado el resto de su ingenio y desafiado á los siglos! — No, nada de todo eso. — Ve uno alzarse sobre su cabeza algunas tapias viejas y negruzcas, señaladas con manchas blancas. Esas manchas son mármol, restos de los monumentos que coronaban ya el Acrópolis, antes de su restauracion por Pericles y Fidias. Esas tapias, flanqueadas de trecho en trecho por otras tapias que las sostienen, están coronadas por una torre cuadrada bizantina y por almenas venecianas, y circundan un alto cerro que contenia casi todos los monumentos sagrados de la ciudad de Teseo. En el extremo de este cerro, del lado del mar Egeo, se presenta el Partenon ó el templo de Minerva, vírgen que salió de la cabeza de Júpiter. — Este templo, cuyas columnas son negruzcas, está salpicado de manchas blancas, — cicatrices de las balas turcas ó del martillo de los iconoclastas. — Su forma es un cuadrilongo; parece demasiado bajo y pequeño para su situacion monumental, no dice por sí mismo: — Yo soy, soy el Partenon, no puedo ser otra cosa. — Tiene uno que preguntárselo á su guía, y cuando ha respondido, todavía duda; uno; mas adelante, al pié del Acrópolis, pasa uno por debajo de una puerta oscura y baja, junto á la cual están tendidos algunos turcos desarrapados al lado de sus ricas y hermosas armas, y se halla uno en Aténas.

— El primer monumento digno de atencion, es el templo de Júpiter Olimpico, cuyas magníficas columnas se alzan solas sobre una plaza desierta y desnuda, á la derecha de lo que fué ántes Aténas, digno pórtico de la ciudad ruinosa! A algunos pasos de allí entramos en la ciudad, es decir, en un intricado laberinto de senderos estrechos y sembrados de tapias desmoronadas, de tejas rotas, de piedras y de mármoles hacinados; unas veces bajando al patio de una casa arruinada, otras subiendo la escalera y aun al tejado de otra; entre aquellas paredes chicas, blancas, vulgares, se ven algunas miserables y súcias viviendas en que están metidas y como enterradas algunas familias de labradores griegos. — Aquí y allí, algunas mugeres notables por los ojos negros y la graciosa boca de las atenienses, salian al ruido de las pisadas de nuestros caballos á los dinteles de sus puertas, se nos sonreian con bondad y asombro y nos enviaban el gracioso saludo del Atica: — “¡Bien venidos, señores estrangeros, á Aténas!” Llegamos, al cabo de un cuarto de hora de camino, siempre por entre las mismas escenas de desolacion y los mismos montones de paredones y techos derruidos, á la modesta habitacion de M. Gaspari, agente del consulado de Grecia en Aténas, á quien por la mañana habia yo enviado la carta que me recomendaba á su bondad, — carta inútil por cierto, pues la bondad es el carácter distintivo de casi todos nuestros agentes en

paises extranjeros. M. Gaspari nos recibió como á amigos desconocidos, y miéntras enviaba á su hijo á buscar una casa para nosotros entre las ruinas del pueblo, una de sus hijas, ateniense linda y graciosa, imágen de aquella hermosura hereditaria de las mugeres de su patria, nos servia con agasajo y modestia zumo de naranja helado en vasos de barro poroso, de formas antiguas. Despues de haber refrescado y descansado un momento en aquel humilde asilo de una sencilla y cordial hospitalidad, que le es á uno tan dulce encontrar bajo un cielo ardiente, á ochocientas leguas de su patria, despues de un dia de tempestad, de sol y de polvo, M. Gaspari nos condujo á la otra parte de la ciudad, atravesando las mismas ruinas, hasta una casa blanca y aseada, donde un italiano, el señor****, ha establecido una posada. Varios cuartos, blanqueados con cal y decentemente amueblados, un patio refrescado por una fuente y un poco de sombra, al pié de la escalera una hermosa leona de mármol blanco, frutas y verduras en abundancia, miel del Hymeto, calumniada por M. de Chateaubriand, criados griegos que entienden el italiano, listos é inteligentes; todo esto tenia doble valor para nosotros, en medio de la desolacion y de la absoluta desnudez de Aténas.

No se hallaria mejor posada en un camino de Italia, de Inglaterra ó de Suiza. ¡Ojalá se sostenga y prospere esta, para consuelo y bienestar de

los futuros viajeros! Pero por desgracia, cuarenta y ocho dias hacia que ningun extranjero cruzaba sus umbrales ni turbaba su silencio.

Por la tarde M. Gropius tiene la suma bondad de ponerse á nuestra disposicion para enseñarnos y comentarnos las bellezas de Aténas. No ménos felices que M. Chateaubriand, conducido entre las ruinas de Aténas por M. Fauvel, nosotros tuvimos en M. Gropius un segundo Fauvel, que se ha hecho ateniense hace treinta y dos años, y que construye, como su maestro, la morada de su ancianidad entre estas reliquias de una ciudad donde ha pasado su juventud, y á la que ayuda, en cuanto puede, á salir por centésima vez de entre su poético polvo.—Cónsul de Austria en Grecia, hombre de erudicion y de talento, M. Gropius une al mas concienzudo y profundo conocimiento de la antigüedad aquel carácter de candor y gracia inofensiva que es el tipo de los verdaderos y dignos hijos de la Alemania sàbia. Injustamente atacado por lord Byron en sus mordaces notas sobre Aténas, M. Gropius no pagaba ofensa con ofensa á la memoria de gran poeta; solo sentia que hubiese arastrado su nombre de edicion en edicion, y entregádole al rencor de los fanáticos ignorantes de la antigüedad; pero no ha querido justificarse, y cuando ha estado uno en los sitios, y ha sido testigo de los constantes esfuerzos que hace este hombre ilustre para restituir una palabra á una inscripcion,

un fragmento estraviado á una estatua, ó una forma y una fecha á un monumento, de antemano está uno seguro de que M. Gropius jamas ha profanado lo que adora, ni hecho un tráfico vil del mas noble y desinteresado de los estudios; el estudio de las antigüedades.

Con un hombre así los dias valen por años para el viagero ignorante como yo.—Supliqué que pasase por alto todas las antigüedades dudosas, todas las celebridades de convencion, todas las bellezas sistemáticas: aborrezco la mentira y el esfuerzo en todo, pero especialmente en admiracion: no quiero ver mas que lo que Dios ó el hombre han hecho bello; la belleza presente, real, palpable, que habla á los ojos y al alma, y no la belleza de sitio y de época;—la belleza histórica ó crítica quédese para los sabios.—Nosotros, poetas, necesitamos una belleza evidente y sensible;—no somos seres de abstraccion, sino hombres de naturaleza y de instinto:—así he recorrido varias veces la ciudad y los campos de Roma; así he visitado los mares y las montañas; así he leído á los filósofos, á los historiadores y á los poetas; así he visitado á Atenas.

Hacia una tarde hermosísima: el sol abrasador declinaba ahogado en una bruma morada sobre la negra y angosta barra que forma el istmo de Corinto, y heria con sus últimos destellos luminosos las almenas del Acrópolis, que se redondean, como la

media naranja de una torre, sobre el ancho y ondeante valle donde duerme silenciosa la sombra de Atenas. Salimos por senderos sin nombre y sin huellas, atravesando á cada instante brechas de tapias, de huertas ó casas sin techos, ó escombros amontonados sobre el polvo blanco de la tierra de Atica; á medida que bajábamos hácia el fondo del desierto y profundo valle á que dan sombra el templo de Teseo, el Pnix, el Areópago y la colina de las Ninfas, descubrimos una mas vasta estension de la ciudad moderna, que se desplegaba á nuestra izquierda, semejante en todo á lo que ántes habíamos visto.—Confuso, vasto, desordenado, triste hacinamiento de casas derruidas, de paredones en pié, de techos desmoronados, de huertos y de patios saqueados, de rimeros de piedras amontonadas estorbando el paso y rodando bajo los piés; todo esto de color de ruinas recientes,—de ese color gris, frio, pálido, sin consistencia, que no tiene siquiera para la vista la santidad del tiempo ni la gracia de las ruinas.—Ninguna vegetacion, salvo tres ó cuatro palmas semejantes á minerales turcos en pié sobre la ciudad destruida; aquí y allí algunas casas de formas vulgares y modernas; recientemente construidas por algunos europeos ó algunos griegos de Constantinopla.—Casas de nuestros lugares de Francia y de Inglaterra, tejados elevados sin gracia, ventanas numerosas y estrechas;—ausencia de azoteas, de líneas arquitect-

tónicas, de decoraciones:—posadas para la vida, construidas con la prevision de una nueva destrucción;—pero nada de aquellos palacios que un pueblo civilizado alza con confianza para sí y para las generaciones venideras.—En medio de todo ese caos, algunas tapias de estadio, pero raras, algunas columnas negruzcas del Arco de Adriano ó de Lazora, el cimborio de la torre de los Vientos ó de la Linterna de Diógenes, llaman la vista y no la paran.—Delante de nosotros se agrandaba y se desprendia del cerro gris donde tiene asiento, el templo de Teseo, aislado, descubierto por todas partes, en pié todo entero sobre su pedestal de peñascos:—aquel templo, el mas bello segun la ciencia, despues del Partenon, de cuantos erigió la Grecia á sus dioses ó á sus héroes.

A medida que me acercaba, convencido por la lectura de la belleza del monumento, me admiraba de sentirme frio y estéril: mi corazon queria conmoverse, mis ojos querian admirar;—¡nada!—Solo sentia lo que se siente á la vista de una obra sin defectos, un placer negativo,—pero no una impresion real y vehemente, una delicia nueva, poderosa, involuntaria.—Ese templo es demasiado pequeño; es un verdadero juguete del arte! No es un monumento para los dioses, para los hombres, para los siglos. Solo tuve un momento de éxtasis, y fué euando sentado en el ángulo occidental

del templo, en sus últimos escalones, mis miradas abarcaron á la vez, con la magnífica armonía de sus formas y la magestuosa elegancia de sus columnas, el espacio vacío y mas sombrío de su pórtico, y en su friso interior los admirables bajo-relieves de los combates de los Centauros y de los Lapitas; y encima, por la abertura del centro, el cielo azul y resplandeciente, derramando su mística y serena luz sobre las cornisas y las formas salientes de los bajo-relieves, que entónces parecian vivir y moverse. Solo los grandes artistas en todos géneros tienen ese don de vida,—¡ay! ¡a sus espensas!—En el Partenon no quedan ya mas que dos figuras, Marte y Venus, medio aplastadas por dos enormes fragmentos que han resbalado sobre sus cabezas; pero esas dos figuras valen para mí, en escultura, mas que todo lo que he visto en mi vida: viven como jamas han vivido el lienzo ó el mármol.—Sufre uno del peso que las oprime; quisiera uno aligerar sus miembros, que parece que se doblegan y se esfuerzan bajo aquella mole; se conoce que el cincel de Fidias temblaba, ardia en su mano cuando esas sublimes figuras nacian bajo sus dedos.—Se conoce,—y no es una ilusion, sino la verdad, verdad dolorosa!—que el artista infundia su propia individualidad, su propia sangre, en las formas, en las venas de los seres que creaba, y que lo que se ve palpitar en esas formas vivas, en esos miembros prontos á moverse, en

esos labios prontos á hablar, es una parte de su vida.

No, el templo de Teseo no es digno de su fama; no vive como monumento, no dice nada de lo que debe decir; hay en él belleza sin duda, pero belleza fria y muerta, de la cual solo el artista debe levantar la mortaja y sacudir el polvo; yo por mí la admiro y me voy sin ningun deseo de volverla á ver. Las hermosas piedras de la columnata del Vaticano, las magestuosas y colosales sombras de San Pedro de Roma jamas me han dejado salir sin sentimiento, sin esperanza de volverlas á ver.

Mas arriba subiendo una negra colina cubierta de cardos y de guijarros rojizos, se llega al Pnyx, teatro de las asambleas borrascosas del pueblo de Atenas y de las inconstantes ovaciones de sus oradores y de sus favoritos.—Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece piés cúbicos, descansan unos encima de otros, y sostenian el terrado donde se reunia el pueblo. Mas arriba aún, y hasta una distancia como de á cincuenta pasos, se ve un enorme peñon cuadrado en el que están labrados unos escalones que sin duda servian al orador para subir á aquella tribuna que señoreaba el pueblo, la ciudad y el mar: esto no tiene ningun carácter de la elegancia del pueblo de Pericles.—Parece cosa de Roma:—los recuerdos que esto ofrece son bellos.—Desde aquí hablaba

Demóstenes, y agitaba ó serenaba á esa mar popular, mas tempestuosa que el mar Egeo, al que tambien podia oír bramar á sus espaldas. Sentéme allí solo y pensativo y allí me estuve hasta mas del anochecer, reanimando sin esfuerzos toda aquella historia, la mas hermosa, la mas bella, la mas palpitante de todas las historias de hombres que han manejado la espada ó la palabra. ¡Qué tiempo aquel para el genio! ¡y qué de genio, de grandeza, de sabiduría, de luz, y aun de virtud, (porque por entónces murió Sócrates) para aquel tiempo! Este momento se le parece, en Europa, y sobre todo en Francia, la Atenas vulgar de los tiempos modernos. . . . ¡Pero solo la flor de Francia y de Europa es Atenas; la masa es bárbara todavía! Supongámos á Demóstenes hablando su lengua ardiente, sonora, colorada, á una reunion popular de nuestras ciudades actuales; ¿quién lo comprenderia (1)?—La desigualdad de la educacion y de las luces el grande obstáculo á nuestra civilizacion comple-

(1) Aquí el pensamiento del autor está claro; pero la prisa y el desaliño con que redactó estos apuntes, le hacen decir literalmente una simpleza. Es evidente que si Demóstenes resucitara y se pusiera á hablar en griego en las calles de Paris, solo le entenderian tal cual sábio helenista. Lo que quiso y debió decir el autor es, que un orador moderno, con las mismas dotes que Demóstenes, no seria tan comprendido por sus compatriotas, como lo era por los suyos el célebre orador griego.